

DEL CARRANCISMO Y DE LOS CARRANCISTAS

----- ESTADOS EN SUBASTA -----

Los prohombres del carrancismo son hombres múltiples, como los artistas del Renacimiento.

Benvenuto Cellini, formidable artista y asesino maravilloso que hubiese hecho las delicias de Tomás de Quincey, lo mismo cincelaba herretes y repujaba brazaletes y engarzaba perlas para que realzasen la suprema hermosura de la Duquesa de Valentinois, querida hereditaria de los de Angulema, que pintaba, esculpía, tocaba la cítara y rimaba con tanta donosura como Juan Ronsard y Clemente Marot, y hundía puñales y descuartizaba a golpes de mandoble a cuantos se colocaban en el amplio sendero por donde iban sus ambiciones y campaban sus odios.

Con la misma mano con que cincelaba una copa de oro para el rey de Francia, hundía la hoja florentina en el pecho del Condestable de Borbón.

Los hombres de la revolución mexicana, los que supieron encumbrarse a las alturas del poder y de la riqueza por el turbión de la asonada de Saltillo, trocada por la suerte en movimiento libertador, llegado a un triunfo cada vez más absurdo, los que no se resignaron a seguir pobres y oscuros tras de haber acometido la magna empresa de hacer la libertad de la patria, sojuzgada por la tiranía de los científicos y de los acaparadores, de haber dado al "pobre pueblo" la suprema felicidad y el honrosísimo ejercicio del sufragio, los que se sentaron desde el primer día a la mesa del Primer Jefe, son también hombres de habilidades múltiples.

Lo mismo pusieron ayer un "cuatro rancharo" a las tropas federales, asaltaron un pueblo y saquearon una rancharía, sobresañaron en el abigeato revolucionario y en la incautación de los bienes particulares en tierra de México, —tierra sobre la cual ejercen aún derecho de conquista,— que enmendaron más tarde la plana de los constituyentes del 57, pasearon por las cortes europeas la plebeya figura, enfundada en el uniforme diplomático, cuyos áureos bordados se opacaron más de una vez, como si la vergüenza les mermara brillo, y dieron y dan quince y raya en asuntos financieros a cuantos en el mundo hayan descollado en la ciencia admirable de hacer millones, desde El Mercader de Venecia, hasta el Barón de Rotschild, de Crespo y Jhon D. Rockefeller.

Esto, sobre todo, ha sido una habilidad insuperada, que han sumado a sus audacias guerreras y a sus dotes administrativas.

De un reciente procedimiento, de legítima factura carrancista, para hacer millones, para trocar en propietarios de inmensos y ricos latifundios, de productivas industrias, de palacios suntuosos, a los que ayer se contentaban con el vivir modesto en la casuca pueblerina, hablan cartas que el azar ha puesto en mis manos, cartas escritas en el México actual.

El procedimiento es sencillo, y maravilloso.

Extraña que otros gobiernos en sus épocas de miseria, que a otros hombres públicos en sus épocas de ambición sin límites y de aprovechamiento sin tasa, no les hubiera ocurrido.

El gobierno ha menester dinero, mucho dinero, para escapar a la catástrofe, según los enemigos, para hacer

amplia y completamente la felicidad de la patria, para llevar a buen término su labor, según los amigos.

Como los ingresos ordinarios se han disminuido en la misma o mayor proporción en que los gastos han aumentado, como el crédito está por los suelos, desde que la revolución derrochó los millones que logró acaparar en las arcas públicas la tiranía porfirista, se ha acudido a todos los recursos. El papel moneda dio millones al tesoro carrancista, millones la incautación, millones las exacciones de toda especie llevadas a cabo en cuatro años largos. Pero el tonel de las Danaides del déficit carrancista no se llena nunca, por más que no se pague a los empleados, se deje morir de hambre a los maestros de escuela y se dé margen a la rebelión a las tropas privadas de sus haberes.

Y las contribuciones federales, de los Estados y Municipales, han ido en aumento conforme ha ido creciendo la miseria.

Apenas si hay ya en México, fuera de los propietarios carrancistas, quien pueda pagar las contribuciones.

Mientras más altas, con más perentoreidad se exige su pago, con más urgencia se requiere su entero en las oficinas recaudadoras.

Y a quien no las paga, se le confisca la hacienda, la fábrica, la casa, lo que sea, y se pone la propiedad embargada en pública subasta.

Como son muchos los que no pagan los impuestos, son muchas también las propiedades en subasta pública.

Hay **Estados enteros** en subasta.

El subastador, es el gobierno. El comprador, quien tiene a la mano el dinero disponible para adquirir por unos cuantos centenares de pesos, lo que vale millares, por unos cuantos millares lo que vale millones.

Y ese comprador, ese que aprovecha la brillante oportunidad que le brindan las subastas del gobierno, es siempre alguien cercano a la administración, alguien que a su sombra ha medrado, alguien que pertenece a ella, en lo civil o en lo militar.

Los generales propietarios de haciendas, de palacios, de fábricas, se cuentan por docenas.

Cada banda de generales, anuncia un depósito cuantioso en un banco o en muchos bancos extranjeros, la propiedad de un palacio en la Reforma o en la Colonia Roma, y de una hacienda en cualquier región privilegiada de la República.

"La hacienda del "Calabazal," dice una de las cartas en cuestión, ha sido subastada por el gobierno de Zacatecas, porque debía mil pesos de contribuciones. La compró, dicen que en veinte mil, el General Francisco Murguía, Jefe de la División del Norte."

El gobierno tiene en ello una garantía. El Jefe de la División del Norte, no dejará de pagar puntualmente las contribuciones.

Los propietarios pidieron amparo, y hubo un juez de conciencia—extraña e inexplicable cosa—que lo concedió.

Lo más seguro, es que el juez sea destituido, por inepto, y que se extiendan al General Murguía, escrituras de propiedad de la hacienda.

Para algo se ha luchado por la felicidad de la patria.

M. MUZQUIZ BLANCO.